

LAS RAZAS INFERIORES

San Vicente, 1906.

La nostalgia mordía en los corazones: como un ancla. El austro propicio silbaba entre las jarcias, rumbo a San Vicente, más veloz que la nave, pero menos que nuestro deseo de pisar tierra. El océano formaba a la espalda una infinita lancha azul, inmenso abanico japonés abierto desde la popa y a todos los rumbos, floreado por las sombras que ponían de trecho en trecho las nubes, diseminadas con negligencia. En la visión lejana de la proa una sombra rompía la línea del horizonte como un acento circunflejo perdido entre el cielo y el mar: era un peñón, el primero visible de los muchos que constituyen el archipiélago de Cabo Verde.

Poco a poco surgieron otros. A breve andar el cuadrante de la máquina señaló media fuerza y nos deslizamos blandamente por entre los canales. Para los más, las islas, parecían peñascos arrojados al azar desde el cielo: algunos casquivanos fantaseaban un imaginario apedreo de Neptuno por Júpiter ofendido. Para los menos, parecían levantadas del fondo del océano por el brazo de algún coloso encerrado en el centro de la tierra. No había sabios que explicaran su verdadero génesis geológico; las moles podían lucir su rojiza estriación horizontal sin que la palabra de la ciencia turbara su reposo multiseccular.

El canal se ensancha de pronto. A la izquierda aparece la isla de Santiago, donde está la capital del archipiélago; a la derecha se divisan laderas aridísimas teñidas de ocre: entre ellas un villorrio con casuchas blancas, azules, rojas, verdes, amarillas. En el centro del canal culmina un faro partiendo en dos la línea del horizonte, desde una isla que emerge del fondo del mar como una columna: su forma cónica y su estriación transversal le han valido un nombre insustituible, que por demasiado pintoresco sólo puede citarse por aproximación: la, como diremos, la incorrección del diablo.

No obstante sus dimensiones, no figura en los versos que dieron popularidad a Juan Cruz Varela.

El vapor viró hacia la derecha, enfiló un canal y ancló frente a la población multicolor; una aldea jovial, veada con la alegría del iris, como una maritornes en traje de verbena. Los ventanillos, alineados a lo largo del casco, parecían mirar curiosamente el panorama, como ojos de la nave acostumbrados a contemplar fijamente los más lejanos horizontes, descifrando el secreto de las olas fecundas en quietudes y en tempestades.

El espectáculo, ya harto vulgar, de la turba de negros zambulléndose en el mar transparente para atrapar una moneda, es indigno de ser descripto. El más elemental orgullo de la especie queda mortificado al presenciarse por vez primera ese ejemplo de lasitud moral ofrecido por las razas inferiores. Todos los ingenuos lirismos de fraternidad universal se estrellan contra estas dolorosas realidades.

Están lejos, muy distantes, el criterio formado en años de biblioteca y el juicio que se impone en minutos de observación directa de la vida. Acaso sea ésta una de las mayores dificultades para las ciencias de aplicación a la política, forjadas frecuentemente en los bufetes más que en el laboratorio de la vida social misma: la falta de contacto con la realidad en todas sus fases innumerables, la discordancia entre los esquemas ideológicos y los fenómenos a que ellos se refieren.

La crítica es progresivamente más difícil a medida que se complican los fenómenos estudiados; un problema de aritmética puede resolverse en una celda, uno de química desmenuada en el gabinete, uno de biología general en el laboratorio, ¿pero los problemas de sociología, es decir, de política científica? Sin embargo, en esta esfera cada hombre cree poseer recetas infalibles, principios absolutos, dogmas intangibles, que a la postre suelen resolverse en estériles sectarismos o en violentas ortodoxias: una misma teoría para diez pueblos distintos, una norma general para cien casos particulares y heterogéneos, una ley y una ética para cien millones de hombres desiguales.

La simple visión de esos negros sugiere mil cuestiones, ilumina ciertos problemas con luz inesperada: las razas, la nacionalidad, la esclavitud, los paralelos históricos, la evo-

lución del régimen colonial y cien más que llenarían muchas crónicas. Así, por ejemplo, cuando leemos en Mitre o López — para citar solamente a los mayores — el desarrollo de la importación de esclavos africanos a las antiguas colonias españolas de América, nos los imaginamos como víctimas de la iniquidad de los blancos y simpatizamos con su dolor; suponemos, involuntariamente, que aquellos esclavos africanos eran como los actuales negros que anualmente suelen ir de jaquet y galerita a saludar la estatua de Falucho.

Es un craso error, sin embargo, que nos falsea la interpretación del papel histórico de la raza negra en la formación del pueblo y el carácter americanos. Los negros importados a las colonias eran, con toda probabilidad, semejantes a los que pueblan San Vicente: una oprobiosa escoria de la especie humana. Juzgando severamente, es fuerza confesar que la esclavitud — como función protectora y como organización del trabajo — debió mantenerse en beneficio de estos desgraciados, de la misma manera que el derecho civil establece la tutela para todos los incapaces y con la misma generosidad con que se asila en colonias a los alienados y se protege a los animales. Su esclavitud sería la sanción política y legal de una realidad puramente biológica. En San Vicente está abolida de derecho; pero la situación de hecho en que vive esta gleba no es la propia del esclavo, sino muy inferior. Si las leyes no pueden modificar ciertos fenómenos biológicos y sociales, debieran limitarse a interpretarlos, adaptándose a ellos.

La solidaridad humana resulta aquí una preocupación lírica e irracional. Los "derechos del hombre" son legítimos para los que han alcanzado una misma etapa de evolución biológica; pero, en rigor, no basta pertenecer a la especie humana para comprender esos derechos y usar de ellos. Los hombres de las razas blancas, aun en sus grupos étnicos más inferiores, distan un abismo de estos seres, que parecen más próximos de los monos antropoides que de los blancos civilizados.

Su tipo antropológico es simiesco, en grado tal que es difícil concebirlo viendo los cromos de los tratados de antropología o las colecciones de cráneos de los museos. A la natural inferioridad de su armazón ósea agréganse todos los rasgos que exteriorizan su mentalidad genuinamente animal: las actitudes, los gestos, el lenguaje, los gustos, las aptitudes, los sentimientos de bestia domesticada, y, por fin, su

mismo *standard of life* que, por misérrimo, avergonzaría al propio antropopiteco de Dubois.

La primera impresión al ver sus barquillas mugrientas boyando hacia el vapor, es nauseosa. Sin más abrigo que un barapo dispuesto a guisa de taparrabo, llegan en montones de cinco, ocho, diez en cada embareación. Desde lejos piden monedas, poniendo en las nubes sus gritos de cadencia aucestral; cuando un cobre cae en las olas, se abalanzan en barrada sobre la limosna, se zambullen, se dan de mojicones debajo del agua, trenzando sus cuerpos como nudos vivientes. Un minuto después esa triste resaca humana vuelve a flotar en la superficie, mientras el elegido por la suerte exhibe entre los dientes el codiciado fruto de la gresca.

Los pasajeros suelen divertirse en ese entretenimiento; sus espíritus, generalmente frívolos o aburridos, encuentran grato el pasatiempo, como los niños que en un jardín zoológico arrojan golosinas a una jaula de monos para ver la disputa. Los pasajeros no siendo niños por su edad, lo parecen por sus gustos. Si es afrentoso el espectáculo de hombres que mendigan, no es consolador el de los que se divierten a expensas de tanta miseria moral y material.

Los célebres negros, cuya pantomima acuática deleita la imaginación de los pasajeros con varios días de anticipación, resultan lastimosos bufonzuelos mendicantes. Las personas que consideran decorosa la limosna podrían ejercerla en otra forma, ahorrando a la especie humana esa humillante exhibición de su propia indignidad.

La enseñanza fundamental que se recibe no es, por cierto, halagüeña para espíritus democráticos. Los hombres de razas de color no deberían ser, política y jurídicamente, nuestros iguales; son ineptos para el ejercicio de la capacidad civil y no deberían considerarse "personas", en el concepto jurídico. Por supuesto que en la regla caben mil excepciones; esta verdad relativa sería un error tomándola en absoluto, como todas las afirmaciones que se refieren a fenómenos sociales.

Estos negros viven hacinados en chozas dismanteladas, pues las casas bonitas sólo son ocupadas por extranjeros; comen maíz pisado, rara vez carne y pocas verduras, beben agua pésima, que compran a un precio relativamente elevado, cuando no pueden adquirir su veneno habitual, una caña violen-

ta llamada *cashasha*. Los hombres adultos suelen trabajar en la carga y descarga del carbón, tarea accidental y que se paga a destajo. Cuando no huelgan, pueden ganar por día una cantidad de "reis fuertes" que corresponde a poco más de dos francos o un peso argentino. El mismo día los reis se transforman en caña.

Se cuentan a dedo los negros que hablan portugués y no encontramos ningún adulto que supiera leer y escribir. No tienen siquiera ideas religiosas, siendo éstas un índice de cultura entre los hombres de mentalidad inferior, incapaces de reemplazar las ideas religiosas por nociones de otra índole. En las épocas de carestía, que son frecuentes, estos negros perecen de hambre, a miles; el año pasado murieron cuatro mil en la isla de Santiago, en los alrededores de la capital.

Semejantes hombres no pueden sobrevivir en la lucha por la vida. La selección natural, inviolable a la larga para el hombre como para las demás especies animales, acabará con ellos toda vez que se encuentren frente a frente con las razas blancas. Adviértase que los actuales negros de San Vicente deben ser ya la flor y nata de su grupo étnico, pues en algunos siglos de contacto con los blancos sólo han podido sobrevivir los ejemplares de élite; igualmente los negros que aún vemos en América son la fina flor de los introducidos por los españoles a las antiguas colonias, adaptados a las condiciones de vida propias de nuestro ambiente europeizado.

Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anti-científico; a lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando la adaptación provisional de los que por excepción puedan hacerlo. Es necesario ser piadosos con estas piltrafas de carne humana; conviene tratarlos bien, por lo menos como a las tortugas seculares del Jardín Zoológico de Londres o a los avestruces adiestrados que pasean en el de Amberes. No contaría con nuestro voto el severo tribunal misissippiense que, en el pueblo poéticamente llamado Magnolia, acaba de condenar a diez años de trabajos forzados a una mujer blanca llamada Teresa Perkins, por haberse casado con un negro. Pero sería absurdo tender a su conservación indefinida, así como favorecer la cruce de negros y blancos. La propia experiencia de los argentinos está revelando cuán nefasta ha sido la influencia del mulataje en la argamasa de nuestra población, actuando como levadura de nuestras más funestas fermentaciones de multitudes, según nos lo enseñan desde Sarmiento, Mitre y López hasta Ramos Mejía, Bunge y Ayarragaray.

Algunos sociólogos, con criterio de filántropos antes que de sabios, oponen artificiosas razones a estas realidades afligentes. Jean Finot en su reciente libro *La preocupación de las razas*, ha sintetizado los mejores argumentos que el sentimentalismo puede oponer a la descarnada crueldad de los hechos. Existen dos cuestiones, absolutamente distintas, que suelen englobarse en una sola.

Por una parte encontramos a los autores que ponen los factores étnicos como base de la sociología, a la manera de Lapouge o de Folkmar. Su antecesor directo es Nietzsche y su precursor Gobineau, cuya exégesis reciente debemos a Ernest Seillière, Robert Dreyfus, Jacques Morland y otros. Para ellos la cuestión de las razas existe en el seno mismo de las razas blancas. Ese es el absurdo o, por lo menos, el terreno incierto y escabroso. El antagonismo entre arios y semitas, entre dolicocefalos y braquicefalos, carece de pruebas; en esta parte es fuerza convenir con Finot que la cuestión de las razas es un prejuicio antes que una realidad.

Pero el problema tiene otra fase; Finot la resuelve sobreponiendo su buena intención a la verdad de los hechos. Max Nordau, que en las mismas columnas de *La Nación* se ha entusiasmado por su libro, no pudo menos que asestarle un golpe de gracia, diciendo: "No hablemos de las razas de color. El caso de ellas no necesita ser definido. Su inferioridad es incontestable". Esa breve sentencia está corroborada por la opinión de todos los hombres de estudio que han visto poblaciones de negros. Cuando D'Haussonville, partidario de los negros, los vió en Virginia y en la Georgia, cambió de opinión y tuvo la honradez de confesarlo. "¡Pobres negros! Me intereso mucho por ellos y, sin embargo, debo hacer una confesión. Llegué a América siendo absolutamente negrófilo, convencido hasta los tuétanos de que entre un negro y un blanco no había diferencia alguna, salvo el color de la piel. Después, poco a poco, acabé por comprender el prejuicio, concediendo que lo fuera, y hoy debo declarar con toda humildad que no me es posible considerar a un negro como mi semejante". Esta valiente declaración puede leerse en sus *Notas e impresiones a través de los Estados Unidos*.

En un libro de Enrique Gaullier, *Estudios Americanos*, muy superior a su reputación, no obstante haberlo dedicado a Taine que aceptó muy complacido el homenaje, hemos leído alguna vez un breve cuento que vale un tomo de filóso-

fía sobre las razas. En el Far-West, en un lejano confín de Montana, una casa única se levantaba sobre el territorio casi desierto. Bajo el alero de la mansión estaban cuatro seres humanos. El primero de ellos era un americano, propietario de esas tierras; estaba tendido en su silla de campo, los talones apoyados en la balaustrada, a la altura del mentón; un cigarro humeaba entre sus labios y leía un ejemplar de diario llegado por el último correo. El segundo, apoyado en las columnas de la glorieta, contemplaba con aire grave y solemne el horizonte de las montañas azuladas que se perfilaban a la distancia, entre las cuales el sol descendía rápidamente; apoyaba su mano sobre el cañón de una carabina, envuelto el cuerpo en un amplio manto rojo, sobre el cual descendían largas trenzas de cabellos negros adornadas por una pluma de águila: era un piel roja. El tercer sujeto era un negro; tarareaba entre dientes alguna canción, mientras engrasaba un par de botas pertenecientes al amo blanco; sus cabellos crespos, su cabezota redonda y sus dientes blanquísimos, como los de un perro, contrastaban singularmente con la silueta bronceada del autóctono. Por fin, el cuarto hombre era un chino, el cocinero de la casa; vagaba en torno de una olla, sin que su larga cola occipucial pareciera incomodarle en sus operaciones culinarias. Ante ese cuadro profundamente simbólico, Gaullier se formuló esta pregunta: "¿Ese americano, ese propietario reclinado en su cómoda silla y leyendo su diario en medio del desierto, no es, por decir así, el símbolo viviente de la supremacía de la raza blanca?" Podrá haber divergencias de detalle; Jules Huret cree que los pieles rojas no son superiores a los negros. Pero la opinión se manifiesta uniforme en advertir el abismo que existe entre los hombres blancos y los hombres de color. En última instancia, como observó Gastón Deschamps, el mejor argumento que Roosevelt haya dado en favor de la superioridad de la raza blanca, es el gesto humanitario con que hizo sentar a su propia mesa al negro Becker Washington.

No cabe en una crónica el análisis de tan obtusa cuestión, ni podrían recordarse todas las opiniones que convergen a demostrar estas palabras autorizadas de Renán: "Los hombres no son iguales: las razas no son iguales. El negro, por ejemplo, está hecho para servir las grandes cosas queridas y concebidas por el blanco." Opinión decidida y catapultante; la hubiera firmado el propio Gobineau.

Las razas humanas son diferentes en principio, son desiguales, no se equivalen, no son todas igualmente civilizables.

Suele oponerse el ejemplo del Japón, con todo el prestigio de su actualidad gloriosa. Es un ejemplo falso. Gobineau, grande en sus videncias geniales y en sus desequilibrios fronterizos del manicomio, previó ya esta objeción en su interesante *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Los japoneses difieren de los chinos por la mezcla de elementos étnicos diferentes. Además de cierta indudable aleación de raza negra, contienen elementos de raza blanca, especialmente en sus clases más elevadas. Eso confirmaría la idea de que la población malesa, que constituye el fondo de la población, ha sido primitivamente civilizada por colonias de raza blanca, versión cimentada por la analogía entre muchas de sus leyendas mitológicas y las leyendas corrientes en Asiria. Gobineau explica de esa manera las particularidades fisiológicas y morales que caracterizan al pueblo japonés.

Por otra parte, no es posible desconocer que el Japón que vence a Rusia no es el que describen los literatos viajeros, desde Pierre Loti hasta Gómez Carrillo. Ni es tampoco el que nos sugieren los malabaristas de circo. Es el Japón europeizado que viste a la parisién, pelea con fusiles y cañones europeos, estudia y sabe la táctica militar de las mejores escuelas de Inglaterra y Alemania. Una raza que puede civilizarse no es una raza inferior; inferiores son, precisamente, las inadaptables, las no civilizables. Los japoneses de hoy, aptos para asimilar la civilización de los pueblos más evolucionados, no constituyen una raza inferior; son, por lo menos, el residuo seleccionado y adaptable de una raza generalmente inferior e inadaptable. En Manchuria peleó un Japón europeo contra una Rusia europea también, por lo menos en su capacidad de asimilar la civilización europea.

Lamentar la desaparición de las razas inadaptables a la civilización blanca, equivale a renunciar los beneficios de la selección natural. Los ganaderos se desviven por seleccionar y refinar sus razas, prefiriendo las cabezas de ganado fino y estableciendo enormes diferencias de precio entre unas y otras. ¿Qué diríamos del que prefiriera la cría del escañido carnero criollo a la del Lincoln o el Rambouillet, la del mancarrón a la del puro de carrera? El sociólogo que observa las razas humanas con el cerebro y no con el corazón, está obligado, por lo menos, a pensar lo mismo que el criador en materia de razas

equinas o lanares. ¿O, por ventura, la raza humana nos interesa menos que ellas?

La condición material de los pueblos suele corresponder a sus propias aptitudes para la lucha por la vida y para la mejor adaptación al medio. Razas como la que puebla las peñas del archipiélago de Cabo Verde, tienen que ser miserables. El ambiente natural contribuye eficazmente a ese resultado; salvo alguna fértil quebrada en la isla de Santiago, todo revela allí una aridez pavorosa. No hay productos naturales. El reino mineral no tiene fuentes de riqueza en explotación. El vegetal se refugia en pocos vericuetos que el azar irrigó de aguas proficuas; no hay cultivos en proporciones que permitan hablar de producción agrícola, prescindiendo de algunas lechugas descoloridas que el cónsul argentino cultiva en su propia huerta, a fuerza de regadera y para su consumo personal. La ganadería es desconocida. Sobre tales cimientos económicos vegeta una constitución social que le corresponde estrictamente.

Faltando riquezas explotables, no hay producción industrial de ningún género. La única fuente de subsistencias es el comercio de carbón; esta actividad comercial determina el tipo sociológico de la pequeña población de San Vicente. Un grupo de extranjeros, portugueses e ingleses en su mayor parte, se enriquece en el tráfico del combustible. Una pequeña parte de la población indígena trabaja por vil salario en las operaciones inherentes a ese tráfico, constituyendo un proletariado cuya miseria coincide con su inferioridad étnica e intelectual. Por fin, el resto de la negrada indígena, la más inferior y menos apta para el trabajo de carga y descarga del carbón, vive en pleno parasitismo social, acechando al transeunte extranjero para mendigar su limosna de pocos sueldos a cambio de lo único que puede ofrecer su propia indignidad. Baste decir que un cicerrone, solicitado por algunos viajeros para conducirlos a sitios de recreo, los condujo a su hogar, a fin de que su propia familia ganase los francos producidos por el entretenimiento.

La miseria de la raza africana tiene un solo paréntesis en esa isla. Una visita a la cárcel, nos permitió ver algunos negros felices.

Es un edificio de 60 metros por cuarenta, inaugurado a

finés del año recién transcurrido. Una verja exterior ciñe el frente del edificio. Cuatro cuadras espaciosas (cuya posición rememora la casa de los osos en el jardín zoológico de Palermo), dan albergue a una treintena de presos. Catorce de ellos son menores de edad; hay una sola mujer. El delito común es el robo; hay un presunto uxoricida, un procesado por riña, otro por lesiones, y un viejo tenido por brujo y sospechoso de "sacar el unto" a las personas, delito que todos mencionan y nadie sabe en qué consiste. El régimen es patriarcal. Los presos beben *cashasha* junto con los centinelas y juegan a los naipes con el alcaide; reciben visitas de sus mujeres e hijos dentro de las celdas, tocan la guitarra y bailan con las negras.

Toda su pena es la secuestación; pero ninguno se queja de ella. Varios en cambio confiesan su dicha por tener ¡al fin! casa limpia, cómoda, aereada y llena de sol, comida segura, ropa decente, todo ello sin la obligación de trabajar para ganarse la vida que arrastran los que están en libertad. Así se explica que por el robo de una cuerda, un par de alpargatas, tres bananas, una bolsa vacía y otros delitos similares, permanezcan meses y meses en la agradable prisión, sin apresurar el trámite judicial. Los bienaventurados no quieren ser absueltos, temen la libertad: saben que ella sólo puede ofrecerles un hambre probable en cambio de su hartazgo seguro.

En este sentido la abolición de la esclavitud ha sido una desdicha para esos negros. Todo sistema de producción fundado en el trabajo de esclavos, tenía para ellos la ventaja de asegurarles la existencia. La posesión de un hombre representaba la propiedad de cierta mercancía, bajo la forma de fuerza de trabajo. El amo hacía trabajar a sus esclavos y los mantenía en buen engorde a fin de que su trabajo rindiese mucho; en el caso contrario perdía su propio capital. La abolición de la esclavitud reemplazó la venta del negro por su alquiler a destajo o a salario; su fuerza de trabajo no se compra para siempre, se alquila cuando se la necesita. El capitalista no tiene interés alguno en asegurar la existencia individual de los negros asalariados; si mueren nada pierde, alquila otros. Y los alquila por un salario tanto más bajo cuanto mayor es la oferta y la miseria de los postulantes. Por eso la esclavitud representaba para estos negros una felicidad relativa, como la sujeción al hombre la representa para los animales domésticos. La libertad actual les ofrece la perspectiva del desamparo y de la muerte por inanición.

Sin embargo, desde la biblioteca lejana y al calor de sen-

timientos tan absurdos como generosos, no faltarán filósofos que crean haber favorecido a estas razas inferiores clamando contra la esclavitud.

La situación económica de la metrópoli influye sobre el estado de la colonia, lusitanamente disfrazada con el rumboso título de Provincia. Salvando las naturales distancias, San Vicente nos evoca a Buenos Aires en el siglo XVII. España y Portugal, entradas al período de su decadencia histórica, no supieron, ni podían dar vida a sus colonias. Sin capacidad industrial, sólo pudieron instaurar en sus colonias un régimen de explotación y monopolio poco inteligente. Al principio el indígena fué inmolado por la avaricia del conquistador, que sólo pensaba en despojarlo o destruirlo; después surgieron dos tipos económicamente paralelos: el encomendero de indios y el negrero de esclavos africanos. Cuando se organizó algún comercio, las metrópolis indigentes sólo pensaron en ponerle trabas y monopolizarlo usurariamente, a costa de cegar las fuentes de su propia riqueza. Finalmente, los criollos bien nacidos, hijos de europeos y excluidos de toda actividad productiva, comprendieron que podían librarse de la tutela de sus mayores, apoderándose del poder político para explotar en beneficio propio las riquezas naturales de la tierra natal. Esa es la sinopsis de la independencia de todas las colonias que tenían recursos de vida suficientes.

El archipiélago Cabo Verde está aun como la América latina en el siglo XVII; gracias a su indigencia no puede ni necesita independizarse. Allí no hay riquezas, no hay producción alguna; el poder político no daría ni quitaría ventajas o facilidades económicas, pues no representa la administración de una vasta empresa productora. Los hijos de Portugueses, que se cuentan a dedo, no se consideran nativos ni están excluidos del magro comercio local; el poder político nada significaría para sus intereses económicos. Los negros son una masa políticamente inapreciable.

El cónsul argentino en San Vicente, *rico home* criollo, reconocía la imposibilidad de plantear el problema de la independencia del archipiélago, "pues no hay riquezas ni privilegios que disputarle a Portugal". Le preguntamos qué pensaría del asunto si existieran allí millares y millares de cabezas de ganado, como los tenía Buenos Aires en 1810. Sonrió graciosamente, asegurándonos que en ese caso la isla no sería

miserable y los criollos harían lo posible para ser los dueños de casa.

San Vicente sólo tiene importancia como estación carbonera; este hecho no ha escapado a la perspicacia económica de los ingleses. En el archipiélago se han instalado fuertes compañías marítimas y carboneras, substrayendo a las inexpertas manos de los portugueses la hegemonía comercial del lugar. Estas son las invasiones inglesas civilizadas; antes las hacían con descargas de metralla, ahora con descargas de libras esterlinas. Y son más eficaces.

Los naturales se regocijan de este lento cambio de patronazgo, productor de sensibles progresos en la población durante los últimos diez años. Prefieren los modernos amos inteligentes a los antiguos negreros inciviles.